

**CATULLE MENDÈS**  
**(1841-1909)**



# **LA NOVELA ROJA**

Centenario de la muerte de Catulle Mendès

Título Original: *Le roman rouge*.

Edición original: Ernest Flammarion editeur. París. 1887

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para  
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>



Cubierta de la edición original

*A Sthéphana Gretnienska  
En el castillo de N... cerca de W...*

I

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

Cómo debe latir de espanto tu querido y delicado corazón, paloma mía, cuando por descuido se pronuncia en tu presencia esa vil y siniestra palabra: «¡Nihilismo!» y cómo has debido asombrarte, y llorar, y retorcer tus frágiles dedos hasta el punto de hacerte daño con el engaste de tus sortijas cuando has sabido, – pues sin duda lo sabes, – que tu Alexandra, tan dulce y tan blanca, «tu hermanita de nieve», como tú decías, ha sido detenida, juzgada, condenada y encerrada en una fortaleza por haber matado a un hombre.

Sin embargo es verdad, he matado a un hombre, ¡a un general!, y soy una nihilista feroz.

¿Recuerdas nuestra juventud? Estábamos en Wilna, en tu bella Lituania, en casa de tu tío el mariscal. Había más flores en el parque que estrellas pueden verse en el cielo; y recuerdo mis manos llenas de violetas por las mañanas, y los labios rojos de las fresas recogidas entre el musgo, y como entrábamos en casa de algún buen aldeano que nos ofrecía una escudilla blanca de leche de oveja o negra de cabra...

¡Ah! ¡Qué época hermosa! ¿Todavía amas a tu primo, ese guapo oficial que tenía unos bigotes tan finos?

Ahora vivo en un sombrío reducto, y se me introduce en él con rudeza, empujándome por los hombros.

Muros negros y blancos, – como paños mortuorios. – Un ventanuco tan estrecho que un solo barrote basta para impedir pasar la luz del día. Y cerca del camastro donde apenas tengo espacio para caber entera, a pesar de mi pequeña estatura, hay un gran cántaro que en la sombra parece un enorme perro negro de pie sobre sus patas traseras.

Sin embargo estoy contenta porque he cumplido con mi deber.

Solo me aflige una cosa. ¿Tal vez ya no me quieras? Tú te dirás: «Alexandra es una criminal, una infame.» No, querida. Yo era buena, tú lo sabes. Pues bien, me he vuelto mejor. Te escribo para explicártelo.

¿Te llegarán mis cartas? No estoy muy segura de ello. Sin embargo, el hombre que me trae la comida me ha prometido recogerlas y expedirlas en un despacho de correos de la ciudad.

Confío en él porque la primera vez que ha entrado en mi celda canturreaba entre dientes una tonada que yo conocía muy bien, una tonada contundente y dulce, ¡la marcha triunfal de la nueva Rusia!

La canturreaba para hacerme comprender que era «un amigo»; nos hemos entendido enseguida. Es un buen hombre que está viudo. Tiene una hija de nuestra edad, mi Stéphanie, – y está loco por ella. Cuando habla de su hija las lágrimas afluyen a sus ojos. Como puedes ver no ha renunciado del todo a los viejos prejuicios. Pero estaba muy relacionado con aquellos que han incendiado las barracas de Karkhoff.

Así pues, puedo esperar que mis cartas te sean enviadas. ¡Tengo muchas cosas que decirte, querida! Tú no sabes nada. Cuando lees en un periódico que los nihilistas han asesinado a un jefe de negociado o incendiado una ciudad, exclamas: «¡Oh! ¡despreciables!» Te equivocas al pensar de ese modo. Yo daría mi vida para impedir a un niño derramar una lágrima. No es culpa nuestra si el mal es necesario para obtener el bien. Además, ¿existe el mal? ¿Quién puede decir: esto es honesto o esto no lo es? La Conciencia es una palabra; la Virtud, tal vez, no es más que una moda moral... En fin, estamos obligados a ser lo que somos. Te haré comprender todo esto.

Pero antes de confesarte por qué me he convertido en una nihilista, y por qué estoy orgullosa de serlo, he de contarte lo que los jueces han llamado mi «crimen».

Hace algunos meses recibí una orden: no quiero decirte aún de quién procedía esa orden.

Por aquel entonces yo estaba en M... con mi madre.

Solicité de inmediato una audiencia con el general Markeloff. Tenía una petición en la mano que debía servirme de pretexto para pedir ser recibida.

Tal vez no sepas lo que son las audiencias en los despachos de los generales.

Lo que se ve en primer lugar, al entrar en la gran sala, son los ayudantes de campo o los comisarios civiles. Éstos reciben a los solicitantes de audiencia y les designan el lugar donde cada uno deberá permanecer mientras esperan que Su Excelencia se digne a dejarse ver.

Los hombres que llevan condecoraciones, las mujeres de un cierto estatus o vestidas con alguna elegancia, son introducidos en el acto en una habitación reservada; pero no es indispensable estar condecorado o bien vestido para entrar en esa habitación, basta hablar francés.

En Rusia todas las personas elegantes tienen horror por el idioma ruso.

En otra estancia son introducidas las personas que no están condecoradas, ni ricamente vestidas, pero que al menos están vestidas a la moda occidental. Son los pequeños burgueses de campo, los oficiales jubilados, los patronos de fábricas, los marineros extranjeros, – y también los judíos con largos chalecos. No hablan en francés, es cierto; se oye en su cháchara una singular mezcla de palabras españolas, suecas, italianas, inglesas, holandesas; la mayoría se expresan en alemán; pero finalmente, como no hablan ruso, tiene derecho a una sala de espera reservada.

En cuanto a los rusos que hablan la lengua de su país y que van vestidos según la moda de su región, se les deja cerca de la entrada de la sala comunal, lo más a menudo en la escalera. Es bastante bueno para ellos.

Por fin el general se deja mostrar.

Habla francés con los solicitantes de la sala de honor, con una simpática sonrisa:

–¿Qué puede hacer por usted, querido señor? ¿En qué puedo serle útil, querida señora?

Habla alemán, con sonrisas menos amables, con los solicitantes de la segunda estancia:

–Was ist Ihr Belieben, lieber Mann? Was gefoelt Ihnen, gnoedige Frau?

En cuanto a los peticionarios de la sala comunal, no les habla del todo. ¡El general no sabe ruso!

Cómo yo estaba vestida con una elegancia muy rebuscada – siguiendo las órdenes que había recibido – y cómo he tenido una parisina por institutriz, un ayudante de campo me introdujo sin demora, no en la sala de honor, sino en el mismo gabinete del general Markeloff.

El general dijo al ayudante de campo:

–Déjenos.

Ya sabes querida: soy bonita.

Dije al general:

–Excelencia, vengo a rogaros que ponga en libertad a Paul Petrowitch Spiaguine y a su esposa Tatiana Fedorowna, que han sido arrestados por haber copiado y distribuido unas «canciones de soldados».

Su Excelencia me miró con aspecto sorprendido.

–¿Cómo se llama usted?

–Alexandra Iwanowna Medjanof.

–¿Las personas detenidas son parientes suyos?

–No – le dije.

–¿Entonces por qué diablos intercede en su favor?

–Esa no es la cuestión, Excelencia – respondí.– ¿Quiere o no dejar libres a ese hombre y a esa mujer?

–¡No, vive Dios!

Entonces extraje rápidamente un cuchillo que había ocultado en los encajes de mi corsé y se lo hundí en el vientre al general.

Él gritó, cayó, acudieron personas.

Mientras me agarraban, yo miraba tranquilamente al general retorcerse sobre la alfombra que se empañaba con su sangre.

\*\*\*

¿Recuerdas aquél día, en el parque de tu tío, cuando recogimos en medio de las hierbas a una pobre curruca que se moría, herida en la cabeza sin duda por una ave de presa?

Palpitante, se arrastraba con las alas abiertas; de entre las plumas le salía como un pequeño rocío rojo.

Yo la tomé entre mis dedos, besé su herida y cuando murió, allí, en un estertor de alas, muy cerca de mis labios, rompí a llorar.

Pero no puedo escribirte más hoy, viene el guardián a recoger mi carta.

Hasta mañana.

¿Quieres que te abrace, dime, aún cuando estoy manchada de sangre?

## II

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

¡Soy yo, querida! Hola, mi Stèphana. A lo lejos suenan las doce entre la niebla gris. A esta hora regresas de la iglesia, llevando en la mano tu pañuelo de encajes que conserva un perfume de incienso, y un pequeño misal – a menos que no sea una novela francesa sustraída de la biblioteca de tu tío. ¡Te conozco, querida devota! Pero escucha. Voy a decirte como me he convertido en más terrible que Judiht o Jahel, yo que me conmovía viendo una golondrina con una mosca en su pico.

Tras algunas semanas pasadas en tu compañía en el castillo de tu tío, regresé a M... donde mi madre me reclamaba. Sabes que mi padre había muerto desde hacía tiempo; jamás lo conocí excepto por un gran retrato que lo representa vestido de general y donde sus años de servicio estaban inscritos en números romanos, y tres bonitos escupitajos parecidos a soles artificiales.

En M... hice mi entrada en sociedad, – ¡una entrada triunfal, paloma mía! ¿Recuerdas mis aires impertinentes y mi sonrisita burlona? Hicieron furor. Sobre todo tenía un modo de inclinar la cabeza hacia el hombro izquierdo, cerrando a medias los ojos, que fue declarado irresistible y que me hizo conquistar la estima general. Tenía todo el aspecto de una auténtica jovencita rusa o de una muñeca fabricada en París, – lo que es absolutamente lo mismo.

Además, yo era una sabihonda.

Como la mayoría de mis amigas había sido educada en una «institución de nobles señoritas»; y tú sabes todas las cosas hermosas que se enseñan en esos sitios. Aprendí francés, un poco de historia, aritmética, alemán, piano, astronomía, botánica, el vals a dos tiempos y el italiano, que es muy útil para comprender lo que cantan los tenores que vienen con nombres acabados en *i* al país de los nombres acabados en *off*; incluso sabía un poco ruso, porque al fin y al cabo hay que hacerse entender bien por los *dorovis*<sup>1</sup>, aunque tan solo sea para explicarles por qué se les golpea. – ¿Cómo no estar de moda con tal educación y el pequeño hociquito de gata blanca que tú bien conoces?

\*\*\*

---

<sup>1</sup> Los dorovis son los siervos liberados que han permanecido en la casa en calidad de criados.

¡Debes pensar que mi vida estaba colmada! Visitas, paseos, largas sesiones en los almacenes, cenas en la ciudad; y, por la noche, bailes o espectáculos. Naturalmente no iba a ver las obras rusas; Ostrowski me parecía un autor completamente ridículo; El Sr. Victorien Sardou, magnífico. Me chiflaban también las operetas, y nadie me hubiese hecho consentir en cantar una estrofa de Glinka o de Rimski Korsakoff, pues tenía mi reputación de señorita «como es debido.»

Por supuesto nunca me aburría, nunca, – salvo cuando miraba a mi nueva gobernanta, una rusita que se llamaba Warwara Lakharowna Bogodouchow.

¡Oh! ¡qué triste aspecto tenía esta pobre Warwara!

No demasiado vieja, pero alta, flaca, huesuda, amarillenta, se hubiese dicho que era Don Quijote vestido de mujer. Imagínate, querida, que llevaba los cabellos cortos – sí, los cabellos cortos – bajo un espantoso gorrito de paja negra, sin flores, ni cintas, ni velo; que su traje estaba invariablemente compuesto de un vestido de lana oscura, muy largo, muy estrecho, colgante, parecido a una vaina de espada, con el cuello de la camisa alto y una corbata negra; y tenía sobre una nariz enorme, que parecía el reverso de un cuchillo de cortar, ¡unas gafas de oro con cristales azules! ¿Puedes imaginártelo, paloma mía? Y cuando le preguntaba por qué se vestía de ese modo me respondía en voz baja:

–Así deben ser las Guardianas de la Verdadera Luz, aquellas que han alcanzado la Clarividencia Nihilística.

Yo no comprendía del todo, pero te aseguro que me daba mucho miedo, sin saber la razón.

\*\*\*

Te he hablado de mi gobernanta; ahora debo hablarte de mi enamorado. Pero no, no era un enamorado. Boris – no debo decirte sus otros nombres – no pensaba ni en amarme ni en hacerme la corte. Tenía razón; no me habría gustado, – no, no del todo. Aunque fuese muy joven, tenía un aspecto grave, severo, casi taciturno; se vestía muy descuidadamente y tenía la insostenible manía de hablar ruso a las personas de la buena sociedad; en fin, como regresaba de la universidad de San Petersburgo, todavía tenía los modos a la vez torpes y enfáticos de los estudiantes de hoy en día. ¡Tienes razón al pensar que yo no habría hecho caso de semejante pretendiente! Pero tenía unos ojos muy bonitos y profundos, que miraban con tristeza.

Tal vez fue a causa de esa tristeza por lo que me interesé en él; pues no me resultaba indiferente, lo confieso. Hablaba poco – y nunca el francés, – no sonreía demasiado, no jugaba, no bailaba, – una especie de huraño. Pues bien, a pesar de eso, me gustaba ir a las casas o a los paseos donde sabía que lo encontraría. Me gustaba conversar con él, incluso en ruso. Su voz era muy grave, sin embargo tenía algo dulce. Me hubiese gustado saber por qué Boris estaba triste...

\*\*\*

Una noche me atrevía a preguntárselo. ¡Vas a ver lo audaz que es una muchachita!

Estaba en el baile y nunca había estado más bonita. El coronel R... vino a invitarme para la mazurka. ¡El coronel R... era un elegante caballero y el primer oficial del ejército ruso en dirigir una polonesa y conducir un cotillón! Sin embargo rehusé – porque había visto a Boris atravesar el salón, con un rostro más sombrío aún que de costumbre, y bajar hacia el jardín.

Mientras se bailaba la mazurka, me evadí y bajé también.

Boris, apoyado en la balaustrada de una terraza, estaba solo en la oscuridad, y tenía el aire de mirar fijamente algo en la noche a lo lejos.

Cuando estuve cerca de él pude observar que lloraba.

–¡Oh!– murmuré temblando –¿por qué estás tan triste? ¿Quieres decírmelo?

Él se sobresaltó. Sin duda no me había visto acercarme.

Me miró un largo rato, muy largo, sin responder. Sus húmedas miradas eran de una dulzura infinita.

Finalmente dijo:

–¿Quieres saber por qué estoy triste?

–Sí.

–Lo sabrás. Escúchame.

Y hablaba con una voz tan emocionada que yo pensaba: «¡Oh! vas a ver, ¡me va a decir que me ama!» pues era posible que me amase.

Precisamente yo estaba tan bonita esa noche.

Pero no, no era a mí a quien amaba...

Figúrate, querida, que pensando en todo eso yo también lloro como Boris lloraba.

Ya no veo lo que escribo... Hasta mañana.



### III

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

¡Oh! si supieses, mi Stéphaná, ¡qué gran discurso pronunció! Había adoptado un aspecto tan solemne, un poco ridículo también, – no, únicamente solemne – y habló con voz ardiente, con los ojos dirigidos al cielo, ¡cómo un apuesto y joven profeta!

\*\*\*

«–Si sufro y si lloro es a causa de la vieja madre dolorosa que ve a sus hijos morir de miseria y de rabia entre sus agotados senos.»

«¡Lloro por ti, Rusia!

«Un loco melancólico, al que los cobardes llaman amo, posee ¡ochenta millones de hombres, un formidable tropel de vivos! Algunos, deslumbrantes, opulentos, cínicos, empenachados de plumas, se sacian de carne y vinos; pero los otros, los sin número – como bueyes rumiando el vacío – ¡no comen más que su hambre, no beben más que su sed!

«En un solo año, quinientas personas han sido encontradas muertas de inanición en las calles de San Petersburgo.

«¡Viajero! dirígete hacia ese campo, mira a ese hombre. Es un aldeano, un hombre libre, como se dice, puesto que ya no hay esclavos en Rusia. ¿Lo ves bien? Se inclina hacia la tierra. ¿Por qué? Sin duda la trabaja o echa en ella semillas. Mira mejor. Ese hombre libre no trabaja la tierra, no la siembra. ¿Que hace entonces? La come.

«Se le ha dado esa parcela de campo; pero como con la tierra no se le ha dado ni la carreta, ni el arado, ni el buey, ni el caballo, no puede sembrar la tierra. Entonces, desfalleciendo de necesidad, ¡la come! Y si encuentra alguna raíz, la guarda para la mujer y los niños que esperan en la choza.»

\*\*\*

«Ven aquí, hombre, quien quiera que seas. ¿Tienes un pleito? Bien. Acércate, voy a darte un consejo: debes ir a casa de tu juez.

«–¿Para qué? El derecho me ampara; mi adversario es un tunante demostrado; es inútil que pida.

«–¡Tres veces bruto! ¿Acaso por casualidad tú eres un hombre honrado? Vamos, ve a casa del juez, te digo. No le hables de tu asunto; charla de mil cosas; si sabes una

anécdota divertida no dejes de contársela; luego, al retirarte, desliza un billete de quinientos rublos en la mano del magistrado. Puedes estar tranquilo, ganarás tu litigio.

«-¡Pero yo no quiero pagar para que se me haga justicia!

«-¡Imbécil!

«-Y además, no tengo quinientos rublos.

«-Pues dale trescientos. Tal vez el juez se conforme con ellos.

«-¡No los tengo!

«-Dale doscientos.

«-¡No los tengo!

«-Tu situación es grave. ¿Estarás casado, al menos?

«-Mi esposa ha muerto.

«-Pero tal vez tengas una hija.

«-Sí.

«-¿Bonita?

«- No. Bizquea.

«-¿Y te atreves a pleitear? No tienes dinero que dar, ni mujer que prestar, ni hija que ofrecer, ¿y te atreves a pleitear en Rusia?

«-¿Qué pasa pues? ¿Acaso en nuestro país todos los jueces venden su conciencia?

«-Todos, no. Había en 1861, en un pueblecito, cerca de Voronièje, un juez que un día se negó a recibir una gallina cebada que le traía un litigante. Pero el asunto trascendió de tal modo que el gobernador tuvo que tomar cartas en el asunto y el juez fue destituido.»

\*\*\*

«Sí, el hambre reina en Rusia; sí, la conciencia de los jueces está en venta, y ¡uno está obligado a comprar esa basura! Esa es la triste realidad.

«Pero esto no es todo, ¡oh, Dios vengador!

«La oración no es libre.

«Nadie tiene el derecho de no adorarte según la voluntad de su razón o según el instinto de su pensamiento. El espíritu más libre debe fingir creer lo que enseñan los popes ignorantes, despreciables y despreciados; la señal de la cruz debe ser hecha de una manera, no de otra; se puede ser enviado a Siberia por no arrodillarse según los ritos al pasar ante una capilla. El zar dice: «Sólo yo tengo razón.» El zar es el propietario de las almas como lo es de los cuerpos. La Iglesia rusa, donde Alexandre sustituye a Jesús, es el presidio de las conciencias.»

\*\*\*

¡Ah, Stéphana, mi pequeña reina, imagínate lo asustada que estaba! ¡Era espantoso lo que decía! Pero Boris era un filósofo, un librepensador, un hertzenista, qué sé yo, ¿un nihilista? Fui yo quién se arrepintió de haberme negado a bailar la mazurca con el coronel R... No sabía que hacer, ni que decir. En alguna ocasión echaba un vistazo hacia la sala de baile, donde pasaba girando esa locuela de Valentine Pétrowska. ¡No fea, pero si flaca! Ella triunfaba porque yo no estaba allí. ¡Oh! ¡qué ganas tenía...! sin embargo me quedé. ¡La voz de Boris vibraba, ardiente y orgullosa! Y sus ojos eran siempre tan dulces aunque un poco terribles... Continuó hablando como si se dirigiese a un auditorio inmenso reunido a su alrededor.

«Además – exclamó – ¡Rusia tiene la lepra! ¡La espantosa lepra viva! Los alemanes nos carcomen y nos pisotean como a millones de ácaros!...»

¿Ácaros?... ¡Oh, qué palabra más fea!. Un término médico ¿verdad? Sin embargo me afané en escuchar con más atención porque intuía que Boris iba a decir algo malo de

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

